

Convención. «El 25 estaré en Bruselas y el 30 en Lieja.» Se engañó, por que estuvo en Bruselas el 14 y el 28 en Lieja.

Este ejército novel tuvo que soportar una prueba que los ejércitos más veteranos no hubieran soportado.

Debutó con una derrota. Nuestros refugiados belgas llegaron á la frontera sin más deseo que posesionarse del país natal y, sin esperar nada atacaron, al enemigo.

No pudiéndolos retener, se les dieron húsares para que los protegieran. Se apoderaron de una avanzada, y luego, dejándose llevar por un arranque de juventud y de valor bajaron al llano donde fué á envolverlos la caballería austriaca. Hubieran perecido sin nuestros húsares. Beurnenville era de parecer de replegarse y reformarse y reforzar las filas. Dumouriez creyó mejor seguir la ofensiva y avanzar. Los imperiales, á pesar de su ventaja, reculaban y perdieron una buena posición. Querían atraernos hacia Jemmapes, que juzgaban inexpugnable por la naturaleza y por el arte. Este era el parecer del austriaco Clairtuyt y arrastró al general en jefe, que lo era el duque de Saxe-Teschen que después de su percance de Lille deseaba á todo trance rehabilitarse por una victoria.

Uno de sus subordinados, el belga Beaubien, le aconsejó no aceptar la batalla, sino presentarla él mismo cayendo inopinadamente sobre los franceses y deshaciendo aquel conjunto de soldados bisonos. Los veintiocho mil soldados veteranos de que disponía bastaban para esto. El duque dudó en dar este golpe que parecía más propio de un guerrillero. Príncipe del imperio, duque y lugarteniente del emperador, no podía comprometerse en un ataque peligroso. Le pareció mejor esperar majestuosamente á los franceses en la posición inexpugnable de Jemmapes.

Nuestro ejército se encontró el 5 de Noviembre á la vista de aquella fortaleza, que no solamente es formidable, si no que es imponente y solemne. Habla á la imaginación y, aun sin saber que se llama Jemmapes, hace detener en su presencia. Es una línea de rocas delante de Mons; un anfiteatro que baja hasta tocar los bordes de dos pueblos; Cuesmes á la derecha y Jemmapes á la izquierda; Cuesmes ayuda menos para la defensa y por eso aquel lado estaba lleno de reductos donde estaban los granaderos de Hungría. Estos reductos y los dos pueblos formaban una serie de posiciones que era necesario tomar. Las pendientes del centro estaban llenas de empalizadas. Si nuestros soldados forzaban las empalizadas, los pueblos y los reductos, todavía encontraban detrás diez y nueve mil excelentes soldados.

No es gran cosa como ejército, pero si como guarnición de una fortaleza. Tan segura parecía que el duque de Laxe dejó para defender á Mons los miles de soldados que le sobraban. La superioridad del número le servía de poco á Dumouriez, pues no podían aproximarse á las posiciones austriacas más que por sitios estrechos que no permitían des-

plegarse. No se podía atacar más que por columnas. El valor de las cabezas de columna tenía que decidir el ataque.

El ataque de los caseríos, de los reductos y de las empalizadas exigía una lucha terrible cuerpo á cuerpo.

La posición tiene cierta analogía con la de Waterloo.

Como los ingleses en Waterloo, los austriacos en Jemmapes tenían detrás un pueblo de donde podían recibir los auxilios que quisieran. Pero cuanto más formidable era la fortaleza donde se coronó de gloria la República que lo que destruyó al ejército francés.

También hubo la semejanza de que en las dos batallas el ejército tuvo que estar toda una noche en un terreno húmedo y á la madrugada cuando estaba rendido y destemplado se le llevó al combate.

Esta noche pasada sobre el fango hubiera enfriado y deshecho al ejército si él no estuviese caldeado con el fuego del entusiasmo y el valor. Por que al fin y al cabo, estaban con los pies desnudos en un verdadero estanque, y cuando buscaban refugio en alguna eminencia sentían que se desmoronaba bajo su peso. No ha habido país más transformado por la industria y, sin embargo, todavía hoy es aquel un país húmedo y fangoso. Desde el fondo del pantano y tiritando de frío nuestros soldados vieron por la mañana en los formidables reductos á sus enemigos; los húsares con sus vistosas pieles; los granaderos con el lujo bárbaro de su uniforme extraño y los dragones majestuosamente envueltos en sus mantos blancos.

Lo que los nuestros les envidiaban por el pronto era haberse desayunado. Los austriacos esperaban bien alimentados. Mons estaba detrás y proveía de todo. A los franceses se les había dicho que la batalla sería corta y era mejor desayunarse después de la victoria.

Un belga, viejo que fué el único que vió la batalla, dijo que no se borraría nunca en él la impresión que recibió.

En el momento en que nuestro ejército empezó á moverse envuelto en la niebla de Noviembre se oyó un concierto majestuoso, una música entusiasta; era que todas las bandas militares tocaban la Marsellesa. Durante la batalla y en los momentos de intervalo entre el ruido del cañón se oía el mismo himno sagrado. El estruendo de la artillería no podía ahogar del todo el acento de la guerra fraternal. Francia entre las balas, enviaba al enemigo ráfagas de civilización y de libertad.

El mayor esfuerzo tenían que hacerlo los franceses para tomar el pueblo de Jemmapes y los formidables reductos de la derecha. El veterano general Gerraud mandaba el ala izquierda y el valiente Bournonville la derecha. Este era un puesto de honor por ser el de mayor peligro y allí se había puesto á nuestros voluntarios parisienses, jóvenes que acababan de empezar su servicio y no habían entrado en fuego todavía. Dumouriez tenía á su lado en el centro al duque de Chartres para lanzarlo del lado en que se creía que estaba la victoria y así el candidato á la corona de Francia debía decidir el triunfo.

Las dificultades á derecha é izquierda eran tremendas. El ala derecha no adelantaba casi nada por más que llevaba peleando tres horas y á la derecha la victoria parecía imposible. A las once Dumouriez envió al ala izquierda á su segundo, persona de toda su confianza, el inteligente Thouvenot que tomó el mando y atacó á Femmapes. Dumouriez acudió á la derecha á ver si se podía forzar el obstáculo que detenía á Bournonville.

Nunca general alguno ha llegado más á tiempo. Los voluntarios parisienses daban un paso adelante llevados por Daupierre que marchaba solo delante de ellos con el regimiento de Flandes. Estaban en gran peligro, pero no reculaban. Estaban bajo las miradas de los soldados más adictos á Dumouriez y que no pudiendo ver á los voluntarios examinaban si es que retrocedían.

En el momento en que hubieran cedido lo más mínimo un regimiento de dragones estaba preparado para acuchillarlos. Al fin llegó Dumouriez. Encontró á los voluntarios un poco ofendidos pues creían que se les había llevado allí para acabar con ellos por más de que peleaba á su lado el regimiento de Lombard que se componía de girondinos.

Hasta en el campo de batalla se presentaba la diferencia política; pero seguramente que contribuyó á que aquella gente se batiera mejor.

La caballería era la que flaqueaba un poco. Dumouriez corrió allá, cuando he aquí que los dragones inesperados caen como una avalancha sobre nuestros voluntarios. Estos demostraron entonces una gran sangre fría; esperaron á que la caballería estuviera cerca; hicieron una descarga á boca de jarro que puso fuera de combate más de cien caballos é hizo que el enemigo saliera huyendo hasta refugiarse en Mons.

Dumouriez entonces se dirige á la infantería y empieza con todas sus fuerzas á cantar la Marsellesa. Fué el delirio del entusiasmo. Los voluntarios se lanzaron, arrasaron los reductos, tomaron las posiciones; pasaron por encima de los granaderos húngaros que miraban espantados aquella furia y los dominaron y acuchillaron.

Dumouriez dijo que la victoria se debía á los regimientos veteranos de caballería; pero la indole de la batalla indica que allí debió llevar la mayor parte la infantería. Su malevolencia es tal para nuestros parisienses que habiendo en sus memorias hecho mención de ellos, lo corrigió para no nombrarlos. Hay sin embargo una carta escrita por el general á raíz de la batalla en que hace justicia á los voluntarios.

Vencedor á derecha é izquierda, el general no se inquietó gran cosa por el centro. Sin embargo dos brigadas tuvieron un momento de excitación y hubieran acaso cedido, cuando el duque de Chartres, con un valor que no podía esperarse de sus pocos años, hizo que no se retrocediera.

El centro todo entonces forzó los reductos que se le oponían. Dumouriez quiso llamar la atención de todos hacia el centro para que se luciera el duque de Chartres; pero descubrió demasiado el juego. Cuan-

do dió cuenta de la batalla á la Convención atribuyó el mayor mérito al centro. Las gentes de Mons opinaban, no obstante, de otra manera. Cuando nuestras tropas entraron en la ciudad la sociedad *Amigos de la Constitución* ofreció una corona al general y otra á Dampierre, el que al frente de nuestros voluntarios había tomado terribles posiciones cuando aun el enemigo no estaba quebrantado. Allí había estado, en efecto, el heroísmo más grande, pues heroico era hasta sostenerse en medio de aquel fuego terrible. El campo de esta victoria le visitamos llenos de emoción y de respeto el año 1849.

Vimos llenos de tristeza que allí no hay un monumento que la conmemore; ni una cruz para los muertos.

Francia que cerca de allí restauraba la tumba del tirano de los Países Bajos, Carlos el Temerario, no tuvo un recuerdo para los héroes de la libertad.

Los belgas que por nosotros fueron libertados, llegaron al mar y pudieron comenzar la guerra de Inglaterra, no han tenido un recuerdo para los muertos de Jemmapes.

¿Es que el hecho tuvo poca importancia?

Ha habido, es cierto batallas más grandes, unas sangrientas y más calculadas pero ninguna tan grande como fenómeno moral. Esta en el torrente de nuestras victorias es la que engendró á las otras: es la que puso el triunfo en el corazón de nuestros soldados.

Fué, por decirlo así, el *juicio de Dios* de la Revolución que los aseguró en la justicia de su causa.

Fué la victoria del pueblo y no del ejército.

Gran revolución. La infantería francesa tomó posesión de los campos de batalla y la alemana se eclipsó.

Lo que la batalla de Rocroi fué para los españoles fué la de Jemmapes para los austriacos. Cada vez que la infantería se apodera de un territorio significa una revolución política más que una revolución militar. Tuvieron lugar allí acontecimientos demasiado importantes para que no los conmemore un monumento. No le hay allí artificial; pero está allí el terrible anfiteatro para recordar el esfuerzo titánico de Francia. Un signo material simbolizaría mal una victoria que se debió toda al espíritu. El espíritu sí, y la fe ganaron la batalla. Todo lo demás estaba contra nosotros.

En esta época dice el general republicano con noble orgullo, no era necesario entusiasmar al soldado para llevarle al combate, pues él estaba embriagado de entusiasmo y espíritu guerrero.

En el momento supremo aquella gente se sentía arrastrada hasta por la embriaguez de los cantos. La Marsellesa y el «Ca ira» fueron los que tomaron los reductos.

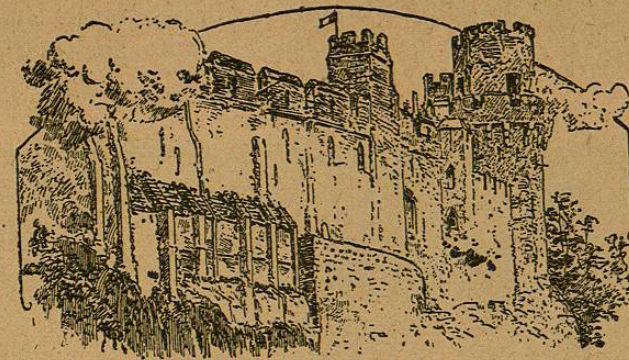
Cuando á las dos de la tarde los vencedores de Jemmapes se sentaron sobre un motón de muertos á desayunarse; á comer el pan que tan ganado tenían, extendieron la vista por la llanura de Mons y en-

tonces fué cuando del corazón de Francia brotó una frase de esperanza heroica. Esta frase fué un cántico que bastó para veinticinco años de batallas.

«La victoria cantando nos abre la barrera.»

Una nueva edad se abre por este cántico que es un sonido de clarín. Partió del ejército y el pueblo lo acogió. Y sin embargo, ¡cuantas cosas han cambiado! ¿Ha llegado la hora de que se cumplan ciertos destinos? Dios lo sabe.

Del Norte al Mediodía la trompeta guerrera dá la señal del combate.



[CAPITULO XXII

Invasión de Bélgica.—Lucha entre Cambon y Dumouriez. (Noviembre 92.)

Inglaterra se une á la coalición.—Alegria de las poblaciones marítimas de los Países Bajos.—Terro^r de Inglaterra.—Inglaterra trabajó contra nosotros.—La verdadera y la falsa Bélgica.—Francia anatematizada por los mismos á quienes liberta.—Doble de Dumouriez.—Se encarga de proteger al clero belga.—Los belgas rehusan la libertad en nombre de la libertad.—¿Serán unidos á Francia los Países Bajos?—Cambon contra Dumouriez.—Dictadura financiera de Cambon.—Rey financiero de Inglaterra y Francia.

La batalla de Jemmapes fué ganada el 6 de Noviembre y el 25 entraba en Inglaterra en la coalición contra Francia.

Lo que había rehusado á Prusia en Septiembre, lo ofreció en Noviembre y envió un emisario á Viena á solicitar que se la admitiese en la coalición y Prusia enviase un cuerpo de ejército para proteger á Holanda.

Inglaterra no había visto ni previsto nada, para que se vea como la gran maestra en fuerzas materiales no sabía nada de movimientos del espíritu.

No había adivinado lo que iba á hacer la Revolución. Creyó que nuestro ejército huiría al primer tiro.

Pitt temía; pero ¿que temía? que la Prusia absorbiera á Francia. He aquí lo que los Pitt y los Grenville habían entendido la revolución.

Este colosal movimiento, el triunfo de estas ideas y el de la bandera tricolor no lo vieron hasta que se les puso materialmente debajo de los ojos. Los políticos miopes no vieron nada hasta que esta gran nación que se creía amada de la vieja Inglaterra la pegó duramente.

Fué un pánico terrible el que se extendía por la gran Inglaterra. ¡Francia inundando á Europa! ¡Francia en el Rhin, en los Alpes, en los Países Bajos! Más aun; en Ostende, en Auvers amenazando á Inglaterra. Atreviéndose con Escaut, con Holanda. ¡Cielo santo, iba á entrar en Londres!